

Antes del Fin

Palabras del Ministro de Educación Nacional,
Francisco José Lloreda,
en el acto de graduación de la Universidad de los Andes en Bogotá,

Sábado 15 de Septiembre de 2001.

El mundo aún no se repone de los actos terroristas ocurridos en Estados Unidos. Más allá de la simpatía o antipatía personal que cada uno tenga por los norteamericanos, por sus costumbres y las políticas de sus gobiernos, lo ocurrido el martes 11 de septiembre, desborda cualquier sentimiento, y nos obliga a todos a reflexionar. ¿Será posible tanta maldad? ¿Será posible tanta sevicia?. Secuestrar cuatro aviones con pasajeros y estrellarlos contra las torres gemelas en Nueva York y el edificio del Pentágono, conscientes de la catástrofe que ello causaría, no tiene perdón. No existe justificación alguna, ni política, ni económica, ni religiosa, para semejante locura.

Las nuevas generaciones, los que no habíamos nacido en la segunda guerra mundial y conocimos a través de los libros de historia el ataque despiadado contra Pearl Harbour, no olvidaremos las imágenes de la estampida brutal de los aviones, de las personas saltando al vacío en busca de una muerte quizá menos dolorosa que la causada por el fuego y el desplome estrepitoso de edificaciones que hasta hace poco permanecían erguidas e invencibles en señal del poderío militar y económico estadounidense. Imágenes que seguramente han quedado talladas en las memoria de miles de millones de personas, que aún no salen de su asombro.

Es posible que los muertos sean diez mil, o quizá más. Víctimas, no de un desastre natural como la avalancha sobre Armero o el terremoto de Kobe en el Japón. Víctimas de la maquinación malvada de personas, movidas por argumentos incomprensibles. Lo más triste de ello y que olvidamos con frecuencia es que el terrorismo en Colombia derriba dos torres gemelas por semestre. La diferencia es que en Estados Unidos se vinieron al piso en un solo día, mientras en Colombia es a cuenta gotas. Violencia desgarradora al fin y al cabo, que deja tendidos en pueblos y en ciudades cuerpos inertes, vidas extinguidas, familias desmembradas, sociedades heridas.

¿Qué tiene que ver el terrorismo y la educación? Se preguntarán con razón muchos de ustedes. Todo, digo yo. Educación y terrorismo no la van; son fuerzas irreconciliables. La primera es expresión de razón; la segunda de irracionalidad. Si la primera alcanza sus propósitos, evita la segunda. Lo ocurrido en los Estados Unidos y la celebración en Afganistán, es dicente. ¿Qué podemos pensar si mientras unos lloran a quienes están sepultados vivos bajo escombros, otros, niños de siete, máximo quince años, saltan de júbilo por lo sucedido? Escenas dantescas, indignantes, que rasgan el alma de la humanidad y que desdicen de los avances de nuestra civilización.

¿Qué tipo de seres humanos estamos formando? ¿Cómo es posible que se entrene desde niño a un joven a ser terrorista; y que por motivos religiosos se cause semejante tragedia? ¿Cómo es posible que la mayoría de quienes combaten en las filas guerrilleras sean menores de edad, y que se justifique el secuestro como instrumento de chantaje económico o político? No hay que ir muy lejos para encontrar el terrorismo; no hay que ir muy lejos para comprobar que se perdió el rumbo y que la humanidad atraviesa una de sus peores crisis morales; que la sociedad está enferma, aunque no lo parezca. Y que todos, en mayor o menor medida, tenemos que ver con ese extravío.

Si se entiende el Estado como el conjunto de condiciones, institucionales y sociales para asegurar el bienestar y la convivencia, y aquel es privilegio de unos pocos y esta última esporádica, debe aceptarse que se está fallando. Está fallando la educación, entendida no sólo como un proceso formal sino como un deber colectivo, que trasciende el aula de clase; se da en las casas, en las ciudades y en el campo. Para que la educación logre su propósito, requiere del compromiso cierto y continuo de todos, pues lo que se enseña en un salón de clases puede ser echado a perder en la casa, y lo que se enseña en la casa puede echarse a perder en un salón de clases.

El país se desentendió de la educación. Se le confió a las instituciones y se cruzó de brazos. Creyó que su responsabilidad se agotaba donde empieza la del maestro; olvidó que las instituciones requieren de un apoyo vigilante, y que no hay mejor escuela que la de los propios padres. Nos

convertimos en espectadores del debate educativo, tomamos balcón en las "garroteras" del gobierno de turno con los sindicalistas de turno. Pasamos por alto que está en juego la educación de nuestros hijos: el capital humano que necesita el país para superar las adversidades, para hacer de Colombia un país justo, con desarrollo social. Para construir y no destruir, para doblegar al mal.

Ello no se logra por generación espontánea. Requiere de políticas públicas adecuadas y de la apropiación de lo educativo por parte de la comunidad. Una comunidad informada y exigente en condiciones de pedir cuentas. Una comunidad consciente de los logros y de las deficiencias; convencida de las implicaciones de la calidad educativa sobre la formación personal. En especial, en educación superior. Por una razón: la educación superior tiene el doble reto de proporcionarle al país los ciudadanos que necesita para su desarrollo económico, político y social, y de asegurarle que se trata de personas que rigen su conducta a partir de principios y valores inalienables.

Para lograrlo es necesario poner el dedo en la llaga y la llaga no es otra que la mala calidad educativa. No podemos aspirar a generar una masa crítica de excelentes técnicos, tecnólogos y profesionales si somos cómplices de la mediocridad educativa. Hay que tomar partido, por el mercantilismo o por la calidad. Prenderle una vela a Dios y una vela al diablo, como algunos lo hacen, es inaceptable; tarde o temprano quedan al descubierto: si algo la educación superior no perdona es la hipocresía académica. La calidad no es negociable; la cruzada emprendida debe seguir ya que apunta al corazón de uno de los más delicados problemas sociales.

Nadie duda de la importancia de ampliar la cobertura educativa, pues sólo tres de cada mil colombianos reciben título de educación superior. En ello estamos trabajando, pero no de cualquier manera: propiciando condiciones para que más colombianos accedan a estudios superiores, pero de calidad. De lo contrario se configura la estafa; estafa contra la sociedad; estafa contra los padres y madres de familia que invierten sus ahorros esperando una reciprocidad; estafa contra miles de estudiantes que comprometen sus ilusiones y tiempo obteniendo con frecuencia un pedazo de cartón. Ellos no necesitan cartones para colgar en el cuarto, necesitan una buena educación.

La calidad no es la enemiga de la autonomía universitaria; los colombianos le entregaron a las instituciones un marco legal de autonomía, que debemos defender. Pero lo hicieron esperando a cambio educación de calidad. Una autonomía universitaria que encubre la mediocridad es una bofetada a esa confianza ciudadana. Le corresponde entonces al Gobierno vigilar su buen uso, y evitar que se convierta en licencia para delinquir. Un reto grandioso, que ha asumido el Gobierno del Presidente Andrés Pastrana por intermedio del Ministerio, con el apoyo de su Dirección de Educación Superior, y la del Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior, Icfes.

La Corte Constitucional ha dicho: *"en ocasiones los establecimientos que se aferran a su autonomía lo hacen con el objeto de proteger una deficiente calidad académica. De ahí la importancia de una adecuada intervención del Estado que, sin vulnerar el ámbito propio y legítimo de la autodeterminación universitaria, fije unas pautas mínimas para que la enseñanza responda a las expectativas y necesidades sociales (...); La autonomía universitaria (...) sólo cumple su función como mecanismo de garantía de su misión y en modo alguno, como velo para ocultar y mantener la mediocridad y pobreza académicas"*. (S T-574, 10/12/93).

Es importante asegurarle a los colombianos que todos los programas que se ofrecen cumplen unos requisitos mínimos de calidad. Era necesario crear un mecanismo que le permita al sistema depurar la oferta existente y la que seguramente existirá. Para ello se establecieron los Estándares Mínimos de Calidad, para que a la vuelta de unos años no exista un solo programa de garaje, mucho menos de hangar. Iniciamos con las Ciencias de la Salud y las Ingenierías en pregrado, y con las maestrías y doctorados en posgrado. Pronto tendremos listos los estándares mínimos de derecho, administración de empresas, comunicación y psicología, y uno más para especializaciones.

En ese orden de ideas, era importante contarle a los colombianos cuales son los programas e instituciones de excelencia. No hablamos de requisitos mínimos, sino de máximos. Esta figura, legal y académica, conocida como acreditación voluntaria, no es cosa distinta que un sello de excelencia. Es el más alto reconocimiento de la sociedad y del Estado, a los programas e instituciones más sobresalientes. En un principio fueron pocos los que se acercaron al tema, hoy hay 85 programas acreditados, 17 en proceso, y 400 en estudio por parte del Consejo Nacional de Acreditación. Ello significa, que más del 15% de los programas de pregrado, ya le apuestan a la calidad.

Dos instrumentos valiosos que fijan sus ojos principalmente en los insumos del proceso educativo, pero que requerían el complemento de la medición de los resultados. De ahí la importancia de los "Exámenes de Calidad de Educación Superior", para estudiantes de último semestre de pregrado. Le permitirá a los estudiantes saber si aprendieron lo básico, a las instituciones cómo están en comparación con las otras, y a la comunidad contar con más información sobre las características de la oferta educativa. Iniciamos con Medicina, seguimos con Ingeniería Mecánica y Derecho. Exámenes que no son requisito de grado ni de ejercicio profesional, pero útiles a la sociedad.

Estos tres instrumentos (estándares mínimos, acreditación de excelencia y exámenes de estado), le introducirán mayor transparencia al sistema, y la transparencia es fundamental para el ejercicio de la libertad. En la medida en que los colombianos posean más elementos de juicio acerca de la oferta educativa (¿cuáles cumplen unos mínimos? ¿cuales son los de excelencia?, ¿cómo le va a los estudiantes en la prueba?), seguramente ejercerán mejor su libertad al momento de escoger dónde y qué estudiar. Ello contribuye a poner las cartas sobre la mesa, a jugar con reglas claras. El país no merece menos, tampoco los colombianos.

Es importante anotar que se trata de instrumentos ceñidos a la autonomía universitaria. Las evaluaciones propias de los estándares mínimos se hacen a través de pares académicos, es decir, con profesores universitarios; las evaluaciones propias de la acreditación de excelencia también se realizan a través de pares académicos y los exámenes de estado se formulan en asocio de las facultades respectivas. En otras palabras, es la comunidad académica evaluando a la propia comunidad académica; el Gobierno termina siendo un facilitador de los procesos. Es así, porque el país cuenta con excelentes profesores. Es la propia comunidad académica la que se exige calidad.

Nuestro fin no es otro que comprometer al país con la calidad. Un tema que reposó durante años en los anaqueles, mientras uno que otro hacía fiesta. Incómodo decirlo pero debo decirlo: con el deseo de estudio de cientos de miles de colombianos no se juega. Es deber de las instituciones educativas, en ejercicio de la confianza social recibida en el marco de la autonomía, proporcionarles buena educación. Digo buena porque es demasiado aspirar a que todos los programas sean de excelencia, mas no que cumplan con el deber que se les ha encomendado. Los estudiantes tienen derechos y es obligación del Estado, y de la sociedad, hacerlos respetar.

La Universidad de los Andes está comprometida con la calidad de tiempo atrás. En momentos en que no se hablaba de acreditación en el país, había emprendido procesos de acreditación internacional. No en vano los Andes es ampliamente conocida y reconocida fuera de Colombia. En esa línea la universidad recibió la acreditación de excelencia de sus programas de física y arquitectura, y presentó trece adicionales ante el ojo crítico de los pares académicos que coordina el Consejo Nacional de Acreditación. Decisión que no sorprende luego de conocer el compromiso del Señor Rector, Carlos Angulo Galvis y de su equipo directivo, con la educación y con la calidad.

Quiero resaltar también la labor de la universidad en investigación, y su destacado desempeño en las evaluaciones de Colciencias: sesenta y dos grupos de investigación, seis de ellos clasificados en la categoría A y 20 en la de tipo B deben ser motivo de orgullo institucional. Todo ello, sumado al propósito de consolidar al profesorado de planta y a estimular en quienes aún no lo tienen el grado doctoral, es un indicador de bulto: un ejemplo a nivel nacional de la búsqueda de la excelencia. Hechos ciertos que unidos al trabajo que adelanta en la educación primaria y secundaria a favor de los estudiantes más pobres del Distrito Capital, reafirman su vocación social.

La calidad educativa es crucial si de veras queremos evitar el desvío de los niños y los jóvenes. Para que sean instrumentos de paz y no de guerra. Para que no causen daño en el mañana ni sean víctimas del daño; para que no terminen al servicio de los violentos en el país o en el exterior. Para que la historia no registre nunca más la muerte; para que la muerte no nos sea indiferente y arranquemos de una vez por todas las páginas de ignominia; para que no le demos la espalda a Colombia, ni ahondemos sus heridas. En fin, para que le tendamos la mano cuando en la oscuridad profunda y fría de los escombros nos tienda la suya.

Retomo el libro "Antes del Fin" de Sabato. Una canción de despedida, un tango. No soporto la tentación de transcribir retazos de nostalgia, cuando recordando a Hernández decía que en tiempos oscuros nos ayudan quienes han sabido andar en la noche: *"Piensen siempre en la nobleza de los hombres que redimen a la humanidad. A través de su muerte nos entregan el valor supremo de la vida, mostrándonos que el obstáculo no impide la historia, nos recuerdan que el hombre sólo cabe en la utopía. Sólo quienes sean capaces de encarnar la utopía serán aptos para el combate decisivo, el de recuperar cuanto de la humanidad hayamos perdido"*.

Amigas y amigos graduandos de la Universidad de los Andes: antes del fin hay que vivir; antes del fin hay que cumplirle al país.

FELICITACIONES Y MUCHAS GRACIAS.